

UN VIAJE DE AVENTURA A BUCARAMANGA

A escasos dos meses de nuestra llegada a Medellín se me presentó la necesidad de realizar una visita a la sucursal del banco en Bucaramanga. Las complicaciones del tránsito fluvial en el Magdalena seguían siendo tan grandes como las que recién habíamos experimentado. Pero creí que me había asegurado un viaje sin problemas cuando Scadta me dio la garantía de que podía contar con un pasaje de avión desde Puerto Berrío hasta Puerto Wilches y viceversa.

La ida a Bucaramanga se desarrolló relativamente bien, aparte de la pérdida de dos días que tuve en el punto final del ferrocarril de Puerto Wilches (que seguía siendo de dieciséis kilómetros), debido a que el avión que debía llevarme de allí a Bucaramanga estuvo retenido por condiciones climáticas adversas. Cada mañana habíamos ascendido vertiginosamente en espirales hasta más de tres mil metros de altura y regresado al aeropuerto, ubicado debajo nuestro, porque no podíamos salir de las nubes. Por fin, en la tercera mañana había tan poca nubosidad que pudimos reconocer la altiplanicie de Bucaramanga en la lejanía y como un halcón nos dirigimos en línea recta hacia allá. Así, en un tiempo de tres cuartos de hora de vuelo recorrimos en 1926 un trecho para el cual don Manuel y yo habíamos necesitado en 1924 más de dos días y medio a caballo.

Dos semanas más tarde, luego de finalizar mis transacciones comerciales, partí por la misma vía en mi viaje de regreso. Esta vez hice el trayecto de Bucaramanga hasta Puerto Wilches en medio día. Esperaba poder hacer esa misma tarde el trayecto de vuelo hasta Puerto Berrío y estar a la noche del día siguiente en Medellín. ¡No fue así!

Cuando me puse en contacto con el agente de Scadta en Puerto Wilches, como pasajero para el vuelo de regreso del avión que debía estar a punto de llegar, me dio la desagradable noticia de que no era probable su arribo porque había sufrido un desperfecto en la hélice y, dada la pequeña cantidad de aviones disponibles, se había alterado todo el plan de vuelos de los próximos días. El agente me explicó sin reservas que debía abandonar toda esperanza

en cuanto a transporte por avión y que lo mejor que podía hacer era buscar otra alternativa de viaje.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo. El río seguía en las mismas malas condiciones que en el viaje con Elisabeth. Si llovía una vez en alguna parte de la montaña, la escasa creciente liberaba transitoriamente uno que otro de los vapores atascados, el cual recorría un trecho hasta que se atascaba en el siguiente banco de arena. Por lo tanto, esperar un barco de vapor era algo poco esperanzador.

Mientras analizaba la situación, alguien me dijo que en pocas horas un bote de motor perteneciente a la Tropical Oil Company partía a Barrancabermeja... Seguramente estaría dispuesto a llevarme y así por lo menos lograría estar más cerca de mi destino. Dicho y hecho, y luego de un viaje de varias horas y sin contratiempos en el bote, que era en realidad una canoa grande, común de la región, con motor incorporado, llegamos poco después de oscurecer a Barrancabermeja.

Allí, mis consultas referentes a la oportunidad de seguir el viaje no tuvieron éxito. Tampoco podía informar a alguien telegráficamente sobre mi estadía, lo que ya había intentado inútilmente desde Puerto Wilches. Como sucedía con frecuencia, la línea del telégrafo, que se extendía cientos de kilómetros pasando por selvas y ciénagas, estaba cortada; el servicio telegráfico era, normalmente, siempre deficiente en todo el país.

Tomé una habitación en el único hotel del lugar, que resultó estar increíblemente sucia; la comida también era muy desagradable, la cama olía mal y la red mosquitera jamás había sido lavada, estaba tan rígida por la gran suciedad que seguramente podría mantenerse en pie sin necesidad de estar colgada. Me sentí contento cuando llegó la mañana y me puse a pensar si no sería más conveniente pasar la noche siguiente al aire libre y dormir en un banco en el llamado 'parque', cuando se me ocurrió la idea de dirigirme al capitán del vapor Bismarck y pedirle que me dejara dormir en el vapor que estaba varado allí, perteneciente a la compañía naviera de Lindemeyer, la cual conocía bien. El capitán no solo me permitió ocupar un camarote, sino también comer con él, lo que le agradecí realmente después de las experiencias que tuve en el hotel.

A la tarde del segundo día de mi estadía en Barrancabermeja, un bote de motor con aspecto poco confiable hizo camino río arriba, muy lentamente, y ancló cerca del vapor. Pertenecía a un español, quien iba con algunos pasajeros y se declaró dispuesto a llevarme al día siguiente hasta Puerto Berrío. Me juró que podríamos hacer el viaje como decía. Yo tenía mis dudas al respecto en vista de mis recientes experiencias, y ni el bote, ni los otros pasajeros me

gustaban. Sin embargo, dada la incertidumbre de encontrar otra posibilidad de viaje decidí arriesgarme a acompañarlos.

Al día siguiente aún no habíamos recorrido un trecho considerable. Con la velocidad reducida que desarrollaba el bote me di cuenta de que no teníamos la menor posibilidad de llegar en el día a Puerto Berrío, sin mencionar que sufríamos imprevistos y frecuentes paradas porque el viejo y desgastado motor fallaba a menudo.

Cuando llegó el atardecer no quedó otra alternativa que buscar un lugar apto para anclar y pasar ahí la noche lo mejor posible. Atracamos en un banco de arena que se extendía desde la orilla boscosa hasta el centro del río y donde podíamos tener la esperanza de que gracias a la leve brisa que allí soplaba no estaríamos demasiado a merced de los mosquitos. No teníamos ya mucho para comer porque habíamos esperado estar a esa hora en Puerto Berrío y para beber teníamos solo el agua recogida del centro del río Magdalena durante el viaje, que aunque ahí era también turbia y barrosa, se aclaraba cuando se la dejaba reposar un cierto tiempo y, según opinión de la tripulación del bote, era completamente sana. Tampoco sentí consecuencias negativas después, pero había que cuidarse de no recoger agua donde flotara espuma en la superficie, pues delataba la existencia de restos animales o vegetales en descomposición.

Después de encender una gran fogata contra los mosquitos y los animales salvajes, nos acomodamos lo mejor posible para dormir. El español y su tripulación se acostaron juntos cerca del fuego en la arena, debajo de una lona grande. Mis compañeros de viaje que tenían consigo ropa de cama también intentaron acomodarse cerca del fuego. Yo, me acosté en un banco en el bote, al aire libre.

Era una noche despejada y hermosa. Soplaba una leve brisa y refrescó agradablemente. Luego de que mis acompañantes se durmieron, después de haber conversado largo rato, hubo silencio. Solo se escuchaba la suave corriente del río, una voz ocasional de animal, el salto de un pez o el leve chapoteo de un animal deslizándose al agua. De vez en cuando pasaba un pájaro nocturno. No dormí mucho, pues en primer lugar me interesaba observar la naturaleza que me rodeaba y, segundo, no confiaba plenamente en mis compañeros de viaje. No es que temiera un ataque físico, pero alguien podría haber investigado en mis bolsillos o mi equipaje; aunque no llevaba una fortuna conmigo, tenía probablemente más dinero encima que todo el grupo junto.

Al amanecer nos levantamos. El español descubrió en su cafetera el sobrante del día anterior. Fue recalentado en la fogata rápidamente avivada y cada uno recibió una taza de la bebida. Era todo lo que nos quedaba de comida.

Antes de seguir viaje, revisamos la superficie de nuestro banco de arena en busca de rastros recientes de animales en la superficie alisada por el

rocío nocturno. Encontramos las de algunos ciervos, muchos pájaros y otros animales, y también las de un jaguar, que había recorrido en amplio círculo nuestra fogata. Esto satisfizo a nuestra tripulación, que la noche anterior había hablado con el espanto del *pintado* (el ‘manchado’). En realidad, el jaguar nunca ataca a las personas, a no ser que esté herido o acorralado.

Apenas se hizo de día continuamos nuestro viaje, conversando todo el tiempo sobre la posibilidad de encontrar algo para comer. Esto fue cerca del mediodía, cuando llegamos a un vapor atascado en el cual pudieron vendernos unos bizcochos.

Mientras tanto, habíamos avanzado cada vez con más lentitud. Las paradas involuntarias por fallas en el motor aumentaron y de repente también se nos rompió la bomba del agua refrigerante. El motor se recalentó en pocos minutos y ya estábamos irremisiblemente varados, lejos de toda población, cuando nuestro valiente español recurrió a un heroico recurso y sacó agua del río con una lata de petróleo vacía y la vertió lentamente por encima del motor. Fue de ayuda; el motor alcanzó mayor velocidad que antes. Pero era una enorme cantidad de agua la que se consumía de esta manera y poco tiempo después el pobre español jadeaba por el esfuerzo de sacarla. Hacía mucho calor. Uno tras otro, los tres barqueros reemplazaron al español; a pesar de esto, él tenía que hacer el mayor esfuerzo. Durante horas seguimos así, con pocas esperanzas de llegar ese día a Puerto Berrío, cuando fui liberado de una manera muy agradable de esa molesta situación.

En la hora de la siesta de repente apareció un avión sobre nosotros, evidentemente buscando algo, y descendió después de vernos. Cuando se acercó, vi un conocido sombrero rojo de mujer en la ventanilla de la cabina que no le podía pertenecer a nadie más que a Elisabeth. ¡Era ella! Me había esperado algunos días en Puerto Berrío y convenció a un piloto de Scadta de sacrificar su pausa del mediodía para hacer con ella un vuelo de reconocimiento después de que él le dijo que abajo de Puerto Berrío había visto un bote de motor en el río. En el avión también se encontraba el amigo Hermann Gebhard, quien se había ocupado bastante de Elisabeth durante la estadía en su hotel.

Cuando la nave descendió cerca de nuestro bote de motor y atracó en la orilla, o sea en un banco de arena, uno de los tripulantes me llevó montado en su espalda hasta allí, a través del agua poco profunda, mientras que otro traía el equipaje; luego levantó vuelo y, en un escaso cuarto de hora, estuvimos en Puerto Berrío.

Después de haberme limpiado completamente y afeitado luego de cuatro días, nos sentamos a beber un refresco en la terraza y Elisabeth me contó sus experiencias de los últimos días. Su exitoso vuelo no había sido el único intento para encontrarme. Antes de eso ya había hecho un viaje en bote de

motor junto a Hermann Gebhard, que casi los lleva hasta Barrancabermeja. Si hubieran llegado hasta allí me habrían encontrado ese día, pero habían decidido regresar porque habían visto volar a varios aviones seguidos en dirección a Puerto Berrío y esto les hizo creer que yo me encontraba en uno de ellos.

Finalmente todo había salido bien y Elisabeth había hecho, en esa ocasión, su primer vuelo. Al día siguiente viajamos a Medellín, donde llegamos sin contratiempos. Los esfuerzos de Elisabeth por buscarme con bote de motor y avión fueron muy reconocidos por todos. A través del amigo Remer y la empresa A. Held, en Bremen se publicó, incluso, un animado informe escrito al respecto en el diario *Bremer-Weserzeitung*, bajo el título *Eine Bremerin über dem Magdalenenflusse* (“Una bremense por el río Magdalena”).